



LA AGRESIVIDAD Y LA VIOLENCIA

UNA TEORÍA ALTERNATIVA BASADA EN LA NATURALEZA HUMANA

Por MARY E. CLARK

Vicerrectoría de Investigación y Proyección
Universitaria
Grupo INPAX

Traducción:

J. OSKAR LLANO I.

Director, Departamento de Idiomas Extranjeros
Universidad Autónoma de Manizales

Quiero comenzar haciendo claridad sobre el término "agresión" el cual se utiliza en muchos contextos al lado de otro término que también es motivo de discusión (por ejemplo, "el tratamiento agresivo de la enfermedad," o "la agresión por parte del cazador depredador," etc.). Limito el término a "los actos de violencia intencionales que tienen el propósito de causarle daño a otro ser, bien sea física o psicológicamente."

Veo dos problemas en las teorías contemporáneas sobre la agresión:

(1) se trata la agresión como una *respuesta*, un comportamiento desencadenado por algunos estímulos. Bien sea un reflejo instintivo o una respuesta aprendida, la percepción es un circuitaje interno de causa/efecto.

(2) se conceptualiza el agresor como un actor independiente (una "bola de billar) que se halla en un universo social el cual comprende otras bolas de billar aisladas. La sociedad se halla fuera y en completo divorcio del individuo.

Las Teorías Antiguas

El concepto de Freud de la agresión como un instinto "alimentado por una fuente de energía siempre fluyente, y no necesariamente como una reacción a estímulos externos" fue motivo de tanta popularidad por parte de Konrad Lorenz en su libro *"Sobre la Agresión"*, que sospecho constituye aún la concepción más común entre el público actual—una clase de "impulso" inevitable que se construye y que debe tener necesariamente una salida (Fromm, 1973: 17). (Frecuentemente lo anterior constituye una justificación en los deportes competitivos, incluyendo la variedad de espectadores). Se supone que la gente necesita "liberarse" de una "presión" reprimida, que naturalmente se acumula con el transcurso del tiempo.

Aunque este modelo de represión interna y espontánea de la agresión (el *modelo hidráulico*) ha perdido vigencia, la descripción de la agresión como un comportamiento instintivo que se libera por acción de algún estímulo ambiental, todavía reside dentro de nosotros. La teoría más popular ha sido la *teoría de la frustración-agresión*: la frustración excesiva en el logro de los objetivos del individuo desencadena la agresión. Bien sea que el agente

causal conduzca a la incorporación de una necesidad agresiva, o bien que dicho agente haga gala de un instinto agresivo.

Una vez más, ambos modelos presuponen la existencia de un circuitaje biológico, conectado con el sistema límbico y con el hipotálamo, el cual "se activa" mediante la acción de estímulos específicos. Se puede ajustar el umbral de dicha "activación" mediante el aprendizaje y se puede invalidar mediante mensajes corticales. No entro en disputa con este marco de referencia, pero el énfasis tiende a situarse en la liberación automática de una emoción que causa un comportamiento, y que si dicha emoción no es *controlada*, entonces se presenta la agresión.

Desde mi perspectiva, este enfoque nos sitúa en el "control de la emoción", más que en la "comunicación de las emociones". La suposición es que si solamente podemos hacer que de alguna manera las personas no sientan algo, de todas maneras, exhibirán un comportamiento. Es más bien como si las emociones, o al menos las "malas" emociones, hubiesen sido vestigios evolutivos desafortunados de algún animal que existió en el pasado. En efecto, no son nada de ello, son parte del equipo que necesitamos en el pasado —y que aún necesitamos en la actualidad—para sobrevivir.

Una Nueva Teoría

Mi teoría hace énfasis no solamente en el hecho de las emociones, sino en los estímulos que las provo-

can y en como nosotros comunicamos nuestros sentimientos a los demás. Un bosquejo rápido de la psiquis humana tal como pienso que ha evolucionado al cabo de 200.000 años o más constituye la base de mi trabajo. Fuera de nuestras necesidades corporales de alimento, agua y sexo, los seres humanos hemos desarrollado tres necesidades síquicas muy abiertas—propensiones, como prefiero llamarlas—esenciales para la supervivencia en un “grupo inteligente”. Como ocurre con casi todos los demás primates, nosotros tratamos de establecer vínculos con los demás. La formación de grupos constituye una extensión (genética) natural de los vínculos existentes entre la madre y el niño, lo cual incrementa ampliamente la supervivencia de la descendencia, desvalida pero potencialmente inteligente. Al igual que los demás primates, experimentamos un deseo profundo por tener autonomía de acción, un hábito necesario para explorar y aprender del medio ambiente propio, el cual a su vez es necesario para estimular las sinapsis interneuronales y, por consiguiente, maximizar la “inteligencia”. (Ver Diamond, 1988).

La tercera propensión netamente humana es la necesidad de significado; una narrativa cultural que le da sentido al universo de estímulos en que nos hallamos empotrados. El significado es la base del lenguaje, nuestra forma de comunicación más importante. Sin significado, no tenemos identidad social, nuestra existencia carece de propósito: nos hallamos esencialmente sin nuestra conciencia auto-

consciente. Por consiguiente, el significado es en cada una de sus partes tan crítico para nuestra supervivencia como para nuestra formación de vínculos (aceptación dentro de un grupo) y para nuestra autonomía (libertad de acción). En efecto, el significado requiere del empotramiento social.

Todas las tres propensiones síquicas se hallan custodiadas fuertemente por los centros emocionales. Es de ahí de donde viene la agresión. No es más que un medio de comunicar que estas necesidades síquicas críticas se hallan amenazadas o insatisfechas. La agresión, después de todo, es el único medio que posee el niño para comunicar su aflicción—llorar, gritar, enojarse. Un niño no solamente llora y grita, sino que también puede golpear con los pies, morder, golpear o arrojar algo con el propósito de hacerse notar.

Crecer de manera ideal—y hago énfasis en ideal—quiere decir ser enseñado a ser menos físico, menos susceptible, que son formas agresivas de la comunicación. Una niñez saludable compromete el aprendizaje de las habilidades sociales verbales (y no verbales) que sirven para comunicar las propias necesidades—y el ser sensibles a las necesidades de los demás. Por consiguiente, la así llamada “agresión innata”, el uso de estallidos físicos para comunicarse, se halla reemplazada por formas más sofisticadas de comunicación que dependen de la adquisición de nuevas habilidades neuromotoras y



lingüístico/simbólicas, que frecuentemente permiten que se desarrolle alguna forma de diálogo no físico.

Si falla el diálogo y no se satisface la necesidad síquica, entonces la amenaza aún está presente y la comunicación se torna psicológica y físicamente violenta. Esto es especialmente posible si la otra solución para un conflicto no resuelto—separarse uno mismo de la situación intolerable—no es posible, como cuando el conflicto es entre una madre y su descendencia. (Otras sociedades de primates regularmente se escinden según las épocas de conflicto grupal significativo en cuanto el espacio geográfico lo permita. Si dicho espacio es limitado, como ocurre con ciertos grupos, entonces la violencia se hace presente (Ver Goodall, 1986; Power, 1991; de Waal, 1989).

Reitero que lo anterior es lo que sucede cuando uno crece en condiciones ideales. En muchas familias, y aún en culturas en su totalidad, el proceso de crecimiento generalmente queda corto ante este ideal. Los padres cansados o frustrados pueden utilizar la violencia como un esfuerzo para suprimir los comportamientos agresivos o no deseados de un hijo, más que enseñarle las formas alternativas de comunicarse o de responder de manera legítima a sus necesidades. Los padres y otras personas encargadas del cuidado de los niños pueden abusar de ellos psicológica, física o sexualmente. O, toda una cultura puede tornarse agresiva de varias formas. Todas las formas de discriminación social son síquicamente abusivas ya que niegan la aceptación equitativa. Las sociedades que son altamente competitivas producen casi los mismos efectos tanto en los niños como en los adultos. Sin una aceptación



incondicional, los sentimientos de rechazo siempre se hallan presentes. Las culturas que imponen castigos severos como retribución por actos antisociales son como padres punitivos. Y las sociedades que promueven la violencia en el entretenimiento y glorifican el comportamiento agresivo le indican al niño en proceso de desarrollo que la agresión es, después de todo, una forma de comunicación culturalmente aceptable.

Los deportes en los cuales existe el contacto físico violento, tales como el boxeo y el fútbol, aunque no constituye una forma de comunicación en sí misma (es decir, los rivales no comunican ira o desilusión o temor o resentimiento los unos a los otros, tal como sucede en el caso de agresión verdadera), están modelando, mediante el juego, tales actos agresivos. Ellos, también, a pesar de todo su pregón de la deportividad, están enseñando que la agresión, cuando se ejecuta por acción de reglas, es aceptable. Conduce a una clase de absurdo moral encarnado en las reglas de la guerra. Esta advertencia respecto al significado simbólico que espiga de ciertos deportes violentos se puede aplicar también a



aquellos videojuegos y dramas fantásticos de televisión que emplean la violencia física como la solución para los conflictos humanos.

Existe aún otro elemento que contribuye a este modelo de violencia y agresión, que consiste en que el cerebro de las personas sometidas a niveles altos de stress—especialmente jóvenes—pueden alterarse físicamente alterados, de manera permanente. Tendemos a suponer que en la sociedad Occidental el cerebro simplemente se desarrolla independientemente de las condiciones experimentadas. Pero esto es absolutamente falso. Los niños que han experimentado abuso o abandono desarrollan un cerebro que ha *mutado en todos sus niveles*. El sistema cortical no se desarrolla en su totalidad, de tal manera que estos niños son menos capaces de pensar abstractamente y de solucionar problemas. Tienen menos capacidad para aprender o para comunicarse verbalmente. Tienen una atención muy dispersa y frecuentemente son hiperactivos. Y la corteza cerebral es menos capaz de invalidar los sentimientos emocionales. Nunca pueden alcanzar un comportamiento maduro y adulto (Perry y otros, 1995, 1997).

El sentimiento emocional que desarrollan es desequilibrado. La capacidad para establecer vínculos y sentir empatía hacia otras personas está casi ausente, de tal manera que muchas de esas personas crecen y desarrollan la incapacidad de unirse a otras personas. Estas personas generalmente son asesinos insensibles, quienes son incapaces de experimentar remordimiento. (Algunos han asesinado con la sola intención de saber si eran capaces de sentir algo) (Gilligan, 1996). De otra parte, sus emociones reflejas ante la amenaza o la posibilidad de peligro se hallan sobredesarrolladas, de tal manera que viven en un estado de hiperexcitabilidad o de hipervigilancia. La más mínima acción, "una mirada prolongada" por parte de un extraño puede conducir a un brote de violencia. Para las niñas y las mujeres en general, la disociación de la sociedad resultante de un stress severo puede conducir a la depresión, al retraimiento y a la pasividad. Estas diferencias de género se hallan exacerbadas frecuentemente por expectativas culturales: se supone que los machos son violentos y las hembras, sumisas. Estas personas sufren fundamentalmente de desórdenes de stress postraumáticos de larga duración, los cuales son generalmente resistentes a las terapias.

Finalmente, todas estas tendencias comportamentales violentas se ven exacerbadas por el alcohol y por otras drogas que actúan "de arriba hacia abajo" en el cerebro, proyectando el control cortical sobre los centros inferiores menos desarrollados. Y naturalmente, tal abuso sustancial frecuentemente constituye la única manera en que las personas que han experimentado abuso siquico

pueden escapar al dolor de su temor, ira y alienación.

Podemos resumir señalando que la capacidad de agresión es adaptiva cuando la propia sobrevivencia se halla amenazada de una manera u otra. El cerebro de las personas, especialmente de los niños, que se hallan bajo stress severo, se adapta para sobrevivir en situaciones de peligro: no confiar en nadie, estar preparado para afrontar el peligro en cualquier momento, golpear primero. El cerebro de tal persona



“ve” el mundo como un campo de batalla en el cual se halla constantemente bajo fuego.

Es imposible sobre-enfatizar, pienso yo, en el rol que las narraciones culturales juegan en ciertos comportamientos agresivos que se presentan dentro de una sociedad. Una vez que el patrón se ha diseminado, se vuelve doblemente auto-reforzante. La agresión se considera como algo culturalmente aceptable, de tal manera que los niños y los jóvenes crecen con sus brazos tendidos hacia la agresión violenta. La agresión se convierte en el lenguaje

cultural y en algunos casos, puede convertirse en el pasatiempo cultural en ciertos juegos formalizados—tal como ocurría en la Roma antigua y está ocurriendo en la actualidad. Podemos comenzar a hablar de sociedades patológicas o enfermas. Y aún aquellas que son menos patológicas que los extremos sugeridos en este documento tienen la posibilidad de contar con un gran número de personas síquicamente deterioradas, dentro de ellas.

He presentado algunas explicaciones para las formas más comunes de violencia. Debería ser fácil entender el abuso familiar, las pandillas callejeras y otros comportamientos violentos en estos términos. La comprensión de otros comportamientos antisociales es, quizás, menos obvio, especialmente aquellos que sugieren la disociación o el retiro del compromiso social, lo que es cada día más prevalente en la juventud norteamericana. En este punto sugeriría que el énfasis es menos del tipo del daño físico inmediato (aunque la cantidad de niños que experimentan o son testigos de tal abuso en los Estados Unidos es significativa—alrededor de cinco millones de casos al año), pero la incertidumbre síquica respecto a su identidad personal en una cultura en donde los vínculos personales y comunitarios se debilitan cada vez más (debido al consumismo de las relaciones); en donde la autonomía se halla, de manera creciente, limitada por las necesidades de la economía nacional y el mercado global sobre los cuales no se tiene ningún control, y peor aún, de donde no se vislumbra ninguna escapatoria; y especialmente en donde el significado humano (como mínimo a nivel nacional) se ha reducido a dólares y centavos. No existe otro

valor que pueda ser discutido en el diálogo nacional (aparte de las situaciones que tienen que ver con la natalidad y la mortalidad, pero muy poco entre ellas). Es difícil encontrar una "identidad personal" significativa en tal cultura. Las personas son sólo empleados o empleadores, sólo son cifras dentro de un sistema nacional contable. No existe ningún otro significado comunitario que sea ampliamente compartido.

Finalmente, existe otra categoría de violencia que incluye el conflicto étnico, el Holocausto y el militarismo Japonés de principios de siglo, para citar sólo algunos ejemplos. Cómo pueden grupos enteros ingresar en la violencia sangrienta? Creo que mi teoría también contribuye a la comprensión de estos actos. Cuando comprendemos que la identidad de una persona y su bienestar síquico emergen de su relación con el significado de comunidad, el ambiente cultural en donde vive dicha persona, constituye, entonces, un pequeño paso hacia la extensión de nuestra comprensión sobre la seguridad síquica de un ambiente mayor. Si una sociedad se siente amenazada, o no es aceptada por la comunidad global de sociedades, esa sociedad y sus gentes experimentan los mismos sentimientos de rechazo y temor que experimenta un niño abandonado o un adolescente rechazado. Con frecuencia todos ellos se defienden con comportamientos protectores de agresividad, justifican sus actos por medio de estados de superioridad o de "derecho absoluto". Cuando la identidad de todo un grupo (comunidad religiosa, estado-nación o grupo étnico) se ve amenazada o

proyectada fuera de la "comunidad de grupos globales", actúa como una unidad síquica simple para proteger y fortalecer su propia condición (Burton, 1997). En el siglo XX hemos visto muchos ejemplos de esta situación: la Alemania de Hitler excesivamente menoscabada por el Tratado de Versalles; Libia, Irán e Iraq, todos respondiendo a la negativa por parte de las potencias Occidentales de ser aceptados dentro de la comunidad global; los Serbios de la antigua Yugoslavia quienes han



sido considerados—como todos los Eslavos—Europeos de "segunda clase".

En el otro lado se hallan las culturas poderosas que crean los "matones" y los "parias", utilizando el argumento de que sólo son moralmente correctos. Ejemplos de ello en el pasado han sido los Japoneses, cuya historia cultural insistía en que no sólo eran correctos, sino absolutamente correctos; la antigua Unión Soviética, con su creencia en la verdad absoluta de la necesidad histórica Marxista del comunismo; y en la actualidad, los Estados

Unidos, con su insistencia absoluta de que el planeta en su totalidad debe adoptar su marca de economía de mercado libre capitalista (Galtung, 1990).

Todos éstos son ejemplos de fantasías culturales consecuentes del hecho de ser "los Pueblos Escogidos"—lo cual constituye solamente una forma más de inseguridad síquica masiva. Son peligrosos bajos dos aspectos: porque creyendo ellos mismos en ser capaces de responder a todas las necesidades humanas, emplean la fuerza militar, política, económica y cultural para imponer sus perspectivas mundiales a los demás; y al eliminar las narraciones culturales alternativas, están privando a todo el género humano de la diversidad cultural que siempre ha estado presente en el pasado. En primer lugar, invitan a la lucha intercultural continua alterna privando otras comunidades de su necesidad arraigada consistente en identificarse y evolucionar a través de la modificación gradual de sus significados cimentados tanto histórica como psicológicamente. En segunda instancia, es lo suficientemente claro que las ideas y las instituciones de la cultura Occidental no se hallan bien adaptadas ni a las capacidades

planetarias como un sistema de apoyo ambiental para la humanidad o para sus necesidades: ni a la comprensión de la psiquis humana individual o colectiva, tal como lo he presentado anteriormente. Por consiguiente, concluyo que la naturaleza humana no se halla bien adaptada para luchar en la cultura Occidental dominante que está tratando en la actualidad en reemplazar las demás comunidades existentes sobre el planeta. Es hora que los miembros de dicha cultura comiencen a comprender la gravedad de su propia patología y de las condiciones patológicas que su cultura infringe en los demás. La Violencia contra la Naturaleza y contra los sistemas de significados de otras culturas no es más que una forma tardía de comportamiento agresivo exhibido por nuestra especie—lo cual para mí constituye un defecto síquico serio de nuestro propio sistema de creencias: no estamos tan seguros como creemos! El auto-criticismo sobre nuestro propio sistema de creencias constituye, por muy buenas razones, uno de los hechos psicológicamente más difíciles que hallamos realizado, así constituya una de las formas de adaptación de la especie. *

REFERENCIAS

- Burton, John. 1997. *Violence Explained*. Manchester: Manchester University Press.
- Clark, Mary. 1998. *Human-Nature Revisited* (Para publicarse)
- Clark, Mary. 1989. *Ariadne's Thread: The Search for the New Modes of Thinking*. New York: St. Martin's Press.
- Diamond, Marian Cleeves. 1988. *Enriching Heredity*. New York: Free Press.
- Fromm, Erich. 1973. *The Anatomy of Human Destructiveness*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Galtung, Johann. 1980. *Visiting a Peaceful World*. In Mary Clark and S.A. Wawrytko, eds. *Rethinking the Curriculum: Toward an Integrated, Interdisciplinary College Education*, Westbury, CT: Greenwood Press, pp. 195-213.
- Gilligan, James. 1996. *Violence: Our Deadly Epidemic and Its Causes*. New York: Grosset/Putnam.
- Goodall, Jane. 1986. *The Chimpanzees of Gombe*. Cambridge: Harvard University Press.
- Nagler, Michael. 1982. *America Without Violence*. Covelo, CA: Island Press.